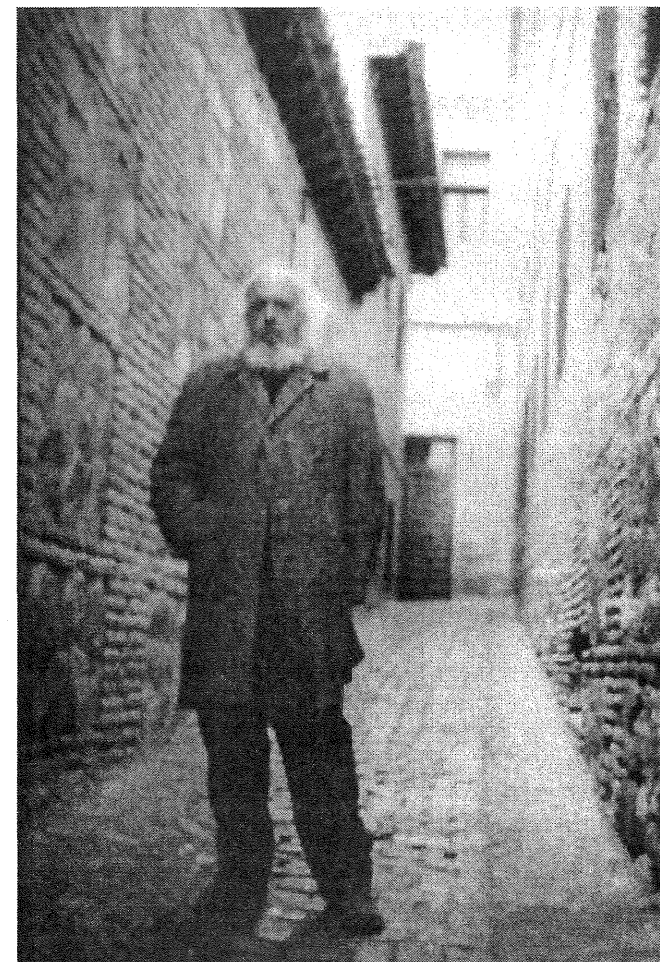


IN MEMORIAM
LUIS ANTONIO RESTREPO ARANGO



Ese otro mar, que es como la muerte

Guillermo A. Merino Gutiérrez

Me dijo Toño un día, con la seguridad que otorga el haber vivido plenamente, pero con la incertidumbre del que dice menos de lo que sabe:

“Merino: Yo vivo muy feliz, pero sé que un día de estos tendré uno de esos malos días, alguna inexplicable mala racha, y lo peor es que la poesía no estará allí para socorrerme, porque, desafortunadamente, uno se muere el día en que la poesía se olvida de uno. Le cuento estas cosas, porque usted como yo somos resultado de tres grandes pasiones: la búsqueda del conocimiento, una profunda ansia de amar y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad.

Yo sé que en una fecha de este calendario está escrito mi nombre. Será la cita inaplazable que todos tenemos con la ausencia del lenguaje; entonces ella detendrá su carroza dondequiera me encuentre, un día en que sucumbiré a su siempre presente trampa, en su extraño sortilegio, y entonces: ya no saborearé más el olor del invierno, ni la intensidad de los veranos en París, Alemania o Santa Elena; extrañaré la risa de mis amigos rodando por las escaleras de la universidad o la de mis estudiantes grabando la ciencia con el buril de la amistad; ya no habrá más ese levitar sobre el techo de la noche, cuando al calor de los vinos y abundantes cigarros y tequilas nos embriagaba el negro jazz insistiendo en que “siempre habrá canciones tristes que nos harán llorar”; y, por supuesto, sólo restará decir que tuve una memoria y cierta historia entre los hombres; que instantes fugaces y memorables, muy parecidos a la felicidad, también tuve.

No se equivocarán quienes digan de mí que fui un puerto con navíos encallados, un acróbata con los ojos cerrados intentando traspasar el hilo delgado de las palabras para intentar llegar al corazón de mis estudiantes. Tampoco quienes me acusen de haber sido un sentimental melancólico-amateur, certificado con normas de calidad; o un romántico racional, enamorado de la vida hasta la muerte, que intentó vivir la vida a plenitud desde la ética y desde la libertad. Que aunque me dispensaran amablemente muchos títulos, siempre fui un aprendiz de despedidas. No se equivocarán quienes crean conmigo que encontré en la vida la mujer y los hijos que me enseñaron permanentemente que sí hay algo eterno en el mundo: el amor, y por supuesto la muerte; porque te lo digo desde ahora, aunque tarde haya que comprobarlo: la muerte es una ausencia que dura toda la vida.

Sé que un día de éstos, cuando más amañados estemos en la vida, cuando estemos obedeciendo los tratamientos rigurosos que nos recomiendan los que nos quieren conservar con vida; cuando nos estemos tomando bien jui-

ciosos las detestables medicinas y cumpliendo rigurosamente todas las dietas posibles –y las imposibles también-, llegará la intrusa, la que desbarata todos los hechizos del amor, la que destruye los linderos entre lo sagrado y lo profano, la que vuelve polvo los sueños nocturnos y diurnos, la que casi siempre nos hace aterrizar de atropellada manera sobre cualquier poema cuando pensamos en ella.

Sé que un día de estos conoceré el mar; estoy seguro de que ese día cuando sumerja mi mano en él estaré tocando a la vez todos los puertos del mundo que siempre quise tocar, y cuando vuelva a mi ciudad, si es que vuelvo –recuerda que soy un aprendiz de despedidas–, los que me quieren encontrarán que en mi equipaje de viaje guardé jirones de piel arrancados en el inútil combate, retazos de recuerdos que muchas veces y a solas me hicieron temblar, pero como mi maleta es de doble fondo –como se acostumbra en mi país–, descubrirán en mi pequeña bitácora la enorme emoción que me asaltó cuando mis sentidos comprobaron con asombro que existía el mar con alcatraces incluidos. Dado que mis ojos grávidos y meditabundos no conocerán el mar hasta ese instante, encontrarán por ello que la alocada locomotora de mi corazón, a toda prisa y jubilosa, se sentirá un dios mitológico por estar pisando el histórico Caribe, y por tener a la mano el universo tayrona, todo el cosmos, el delfín, el acantilado, la gaviota; encontrarán también en mi equipaje de viaje algunos versos tristes del siempre triste Pessoa, la combustión de Walt Whitman con la vía láctea de su voz, unos escritos donde dos manos cómplices de ebriedad crítica subrayábamos unos textos peligrosos y en peligro; la sabiduría de Goethe, de Schiller, de Nietzsche, de Marx, de Hölderlin; encontrarán también unas enreversadas partituras de tantas otras amistades secretas que espolean y retan mi capacidad de sensibilidad y que me empujan cada día a la sordera, de tanto degustar la música, unas veces con pretextos y otras veces también.

Merino, sé que en una fecha de este calendario está escrito mi nombre, y que en la clepsidra del día se detendrán mis latidos, y que para mis amigos, para mi familia, seré una perfecta excusa para estar tristes; y entonces yo seré el agua salada que se desborde en el estanque de los ojos de mi esposa, de mis hijos y de mis amigos”.